



SUSCRIPCIÓN:
YECLA, 0'40 ptas. al mes.
FUERA, 1'50 " trimestre.



Redacción y Administración:

España número 10

Número
suelto:

10

céntimos.

LA DEFENSA

SEMENARIO CATÓLICO

AÑO I



YECLA 7 de Junio de 1930



NÚMERO 6



Rogad a Dios en Caridad por el alma de

D. José Torregrosa Marco

Licenciado en Medicina y Cirujía. Inspector Secretario de la Junta Municipal de Sanidad. Hermano Ministro que fué de la V. O. T. y ex miembro del Consejo Directivo de la Sección Adoradora Nocturna de esta Ciudad.

Que falleció cristianamente en esta Ciudad el 31 de Mayo de 1930
a los 66 años de edad

R. I. P.

Su desconsolada esposa D.^a Asunción Ibáñez Polo; hijos: el R. P. Juan, de las Escuelas Pías, José, Fernando, Francisco, Clotilde y Antonio, hermanos, hermanos políticos, sobrinos y demás familia, suplican una oración por su alma.

La Iglesia y la República

Días pasados se ha puesto sobre el tapete la cuestión relativa a la armonía que pueda existir entre el Catolicismo y la forma de gobierno republicana. Y, en verdad, nos extraña que se haya discutido tanto una cuestión que a nuestro juicio no puede estar más clara.

En anteriores editoriales hemos visto la incompatibilidad de la Iglesia con el Liberalismo y el Socialismo, incompatibilidad absoluta que se da en todo tiempo y en todo lugar. Con la República no ocurre lo propio, pues en términos absolutos ambas son perfectamente compatibles, aunque en tal momento y en tal lugar no puedan coexistir armónicamente, lo mismo que ocurre con algunas monarquías.

Si en la Historia ha existido un presidente Calles también ha existido un García Moreno y si ha habido unos Reyes Católicos también ha habido un Enrique VIII de Inglaterra.

Ahora bien ¿cuál será la posición de los Católicos frente a la República en la España de hoy? Como católicos no podemos ser enemigos de la República. Como Católicos, entiéndase bien, porque como ciudadanos nadie podrá negarnos el derecho a ostentar nuestras simpatías o nuestras antipatías hacia esta o aquella forma de gobierno. Pero si los católicos somos compatibles con la forma republicana

no lo somos con la mayoría de los republicanos españoles de hoy, o mejor dicho son ellos los que se han hecho incompatibles con nosotros.

¿Pruebas? Examinad la prensa impía, la que viene desatándose en un odio feroz para con la Iglesia de Cristo y no perdona medio de combatirla o de ridiculizarla y vereis que toda ella tiene un tinte más o menos acentuado de republicanismo; asistid a los mítines republicanos y por milagro encontrareis uno en que no se nos insulte; estudiad sus diversos programas y percibireis a primera vista el liberalismo que rezuman; y los recientes atentados a la libertad de la Iglesia en Almansa y Alicante ¿no se han verificado a los gritos de ¡Viva la República!?

Si alguno nos dispensa el honor de refutar estas nuestras afirmaciones puede realizar una experiencia sencillísima: bucear en el pensar y el sentir de cuantos republicanos conozca. Encontrará muchos poseídos de un odio ciego y fanático al nombre católico que no se contentarían con menos de ver ahorcados a varias docenas de frailes y curas; hallará muchísimos que, más tranquilos, son tan anticatólicos como aquellos, bajo la máscara de un aparente respeto; algunos que aceptan y practican una parte más o menos extensa de la doctrina católica, que la acepten en toda su integridad; ¡cuán pocos!

Claro que también hay monárquicos libera-

les y también abundan entre ellos los enemigos de la Religión. Nuestra actitud frente a ellos es la misma que frente a los republicanos.

Sin embargo sobre ser mayor el número de buenos católicos en el campo monárquico que en el republicano, hay entre los anticatólicos de uno y otro bando una diferencia impotantísima y es que en los monárquicos la irreligión es una postura personal, mientras que los otros parece que establecen entre el anticlericalismo y sus convicciones políticas un nexo tal que muchos dejarían de ser republicanos si dejaran de ser anticlericales y dejarían de ser esto si perdieran su fé republicana.

En resumen. No somos enemigos de la República. Nuestra hostilidad con los republicanos españoles de hoy no procede de habernos hecho enemigos suyos, sino de haberse declarado ellos enemigos nuestros, que no es lo mismo. Frente a ellos estaremos en tanto no rectifiquen su conducta.



No deje de leer en 4.^a plana la Enciclica del Papa de los obreros.

Cartas Íntimas

Muy querido Antonio: Cediendo a tus ruegos y a los de tus amigos, me decido a escribiros estas Cartas sobre la Cuestión social que tanto nos preocupa y preocupa al mundo, pero no olvidéis que escribo pensando en vosotros, y en defensa de vosotros, los obreros.

Comprendo que no faltarán ciudadanos pacíficos que me crean un demagogo, un socialista, pero a los que me juzguen de ese modo, me contentaré con preguntarlos, si acaso no digo la verdad. Porque una cosa es que ciertos individuos no vean aquí defendidas sus ideas, y otra muy distinta que sea demagogia y socialismo todo lo que combaten esos anquilosados reformadores.

Tampoco faltarán entre vosotros quienes frunzan el entrecejo al ver que es un sacerdote quien os habla, y has de saber que este hábito que tanto me honra, me impone como obligación sagrada predicar la justicia. De todos modos os suplico que no adelanteis vuestro juicio hasta que haya terminado mis cartas, pues quien os habla es vuestro amigo que no siente odio a clase alguna.

Yo defenderé lisa y llanamente la verdad, sin prejuicios ni preocupaciones; contra los liberales que os convirtieron en máquinas de producción, contra los socialistas que os quieren reducir a la condición de las bestias y os prometen reformas que no habían de labrar vuestra suerte, y contra ciertos católicos que todo lo quieren arreglar haciendos santos.

El caso es que yo ponga de mi parte cuanto pueda

